



CARTA A UNA DESCONOCIDA

¡Oh!... ¡Y qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce, qué alma de argamasa tiene Vuesa Merced!...

(Palabras de Sancho a Don Quijote).

Muy señora mía:

Esta mañana retiré de la sección Poste Restante, la carta de Vd. en que me pregunta si accedería yo a mantener correspondencia sobre mis versos con una dama que firma: Camelia, de quien he recibido, antes que de Vd., numerosas misivas que jamás quise contestar. Por lo demás, la letra me autoriza a sospechar que Vd. y la Camelia son una sola y misma persona.

Invitaciones e insinuaciones semejantes, provenientes de «admiradoras» mías, he recibido más de una docena, desde la publicación de mis primeros versos, sin haber incurrido jamás en la debilidad de contestar a una sola de aquellas cartas. A Vd. y a sus congéneres va enderezada esta mi respuesta que servirá para explicar de una vez por todas la razón de mi obstinado silencio.

El libro, Señora. (si no es libro de alboroto y de polémica), una vez lanzado al público, es algo así como una entidad distinta del autor, escindida del autor y dotada, (por hipótesis), de vida propia. Un hijo emancipado de cuyo destino el padre se desentiende por completo. El libro, después de publicado, lo mejor es no recordarlo ni volver a saber nada de él.

El tiempo pasa, nuestras ideas y sentimientos se modifican, nosotros cambiamos al envejecer, mientras que nuestro libro quedase por ahí estacionario, inmutable, retardado con respecto a nuestra evolución espiritual, expresando quizás modalidades antiguas de nuestro yo íntimo, que han caído en el descrédito, en la obscuridad, en el olvido.

Publicar versos es casi siempre cometer un desajuste, llevar a cabo una indiscreción, echar a los cuatro vientos, por puro gusto, lo mejor de nuestra alma. ¿Y con qué objeto?

Todo libro, incluso los que se venden en blanco (y éstos quizás más que los otros), todo libro es necesario, llena alguna misión en la vida colectiva.

¿Pero cuál libro de versos es necesario?

Ante esta duda terrible, el pobre poeta que acaba de publicar siente en el fondo de su conciencia el pudibundo ridículo del pecado venial, insignificante, anodino...

El tomo de versos implica para su autor una serie de estados de alma ya irreparablemente pretéritos, cuya revisión suele ser más bien dolorosa, puesto que vemos ahora, ya en frío, para siempre divulgadas, entregadas al público, muchas bellas cosas que fueron en un tiempo nuestro pequeño tesoro espiritual. Y nuestra vanidad y nuestra pueril inquietud han roto aquel humilde encanto, cediendo a las tentaciones de la publicidad y del renombre.

Y de los mil ejemplares publicados, ¿cuántos han sido comprados por compromisos de amistad, cuántos por orgullo proteccionista de las letras, cuántos por manía de coleccionar lo que se publica, cuántos por perversidad alacranesca, cuántos por exceso de hastío y sobra de dinero? ¿Y cuántos lo fueron por simpatía, por humanidad, por el generoso impulso de intinar con otra alma?



Supongamos que nuestro libro alcanza un gran éxito, y que la edición se agota en pocos días y que conquistamos de pronto renombre de poeta excelente. Nuestra fama podrá sernos útil para obtener algún empleo rutinario y prosalco, para ser alabados y detractados en diarios y revistas o mirados por el ocioso transeunte con la curiosidad con que se observaría a un selenita. Pero la fama no conseguirá devolvernos un minuto del pasado feliz, ni hará más ardientes las caricias del amor que se extingue, ni prolongará siquiera por un segundo el magnífico espectáculo de esta puesta de sol en las montañas. Nuestra vanidad es una audaz majadería frente al tiempo infinito que va llevándonos vertiginosamente al aniquilamiento del Todo.

¿Cómo ha podido Vd. imaginar que me hubiera sido grato el mantener correspondencia acerca de mis versos? ¿Qué habría yo de añadir a lo ya expresado en ellos?

Su invitación me inclina a pensar que mi libro es malo, pues no se basta a sí mismo. Pero si en él no encuentra Vd. materia bastante, y para explicárselo necesita mi concurso, lo más atinado será que busque Vd. en las librerías poetas completos, libros absolutos, que no inspiren a sus lectoras el antojo de conocer al autor.

A esta altura de la carta me arrepiento de haber escrito los párrafos anteriores y me pregunto si su interés por entablar relación conmigo no responderá a la pícara intención de tirarme de la lengua y ver hasta qué punto soy sensible al natural encanto femenino.

Fuera divertido pasatiempo en verdad mostrar a las chicas de su barrio porteño la carta auténtica de un poeta provinciano, enamorado de una lejana y traviesa corresponsal que saborea con deleite las frases acarameladas, las declaraciones al tanteo y los elocuentes ruegos pidiéndole el retrato a la heroína.

Lejanos están, señora mía, los románticos tiempos aquellos en que los vates chupaban limón agrio para semejar cadáveres andantes, cuando era moda usar melenas alborotadas, requerir de amores a las damas en tétricas epístolas, apasionarse de seres inaccesibles, de mujeres etéreas o simplemente imaginarias y destaparse los sesos en algún arranque de trágica desesperación. ¡Se acabaron

los Werther y las Marías, las Eloí-
sas y los Romeos!

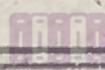
Los poetas de hoy, si por desgra-
cia llegamos a enamorarnos, lo ha-
cemos de cuerpo presente, de seño-
ras o de niñas a quienes conocemos
y tratamos a diario y de quienes nos
es dado admirar la belleza visible
y tangible.

Y con eso y todo los poetas de hoy
tenemos por lo general mucho de fi-
lósofos y muy poco de tenorios;
pues sabemos que la literatura za-
lamera sólo sirve para suscitar el
desdén de las modernas preciosas
que hoy juegan al tennis, tiran al
box y anhelan hallar en los hombres
la fuerza y la audacia viril.

Los poetas de hoy, señora, somos
por lo común fieles esposos, honestos
empleados, pedestres ciudadanos de
la República; y sólo cuando somos
útiles para los vulgares menesteres
de la vida la sociedad nos tolera la
inofensiva manía de publicar nues-
tros versos.

Desistamos, pues, en honor del buen
gusto, de darnos cuerdas sentimen-
tales, escribiéndonos a hurtadillas;
y en todo caso aguardemos, sosega-
dos y pacientes, el día en que el azar
nos permita vernos, hablarnos y
quedar, como en Las Mil Noches y
Una Noche, perdidamente enamora-
dos, yo de Vd. y Vd. de mi prosaica
e insípida persona.

JUAN CARLOS DAVALOS.



HUELLAS FEMINISTAS